

entretenia su tiempo en torrear hábilmente diversos utensilios y chucherías que vendía ó regalaba á los empleados de la casa y á sus compañeros de reclusion, habia enseñado á su antiguo amo esta divertida ocupacion que le distraia por completo, convirtiéndose desde luego en auxiliar eficaz de la curacion de su locura. Ambos, á su salida del encierro, se encontraban en la punta de sus dedos con un oficio suficiente para poder vivir, siendo el pobre taller donde trabajaban aquel misero tinglado en que fueron sorprendidos por Irene y por mí. Dupré se ocupaba en la venta de la obra y del cuidado de los encargos, aportando uno y otro su parte de habilidad y de gusto en la confeccion de sus variadas fruslerías, que constituian el encanto de los niños concurrentes al jardín de los Fuldenses.

¿Qué podria yo añadir en elogio de esta conducta laboriosa que tanta influencia ha ejercido sobre nuestra vida? Hé aquí que hace ya doce años que soy la amante de Dupré, todavía fuerte á pesar de ser ya sexagenario. Y que jamás se cansa cuando se trata de cuidar á su anciano bienhechor. Habitamos un extremo de la casa de mi antigua pupila. Mas hoy Irene es muy distinta de lo que era en su tierna infancia; está ya casada, y es además madre. Quisiera que pudiérais contemplar al buen abuelito apreciando á los hijos de la querida *strömdina*, pues parece que no ha cambiado de edad ni de nombre. Los chiquitines vienen todos los dias á visitarle y á divertirse con sus juegos; pero sobre todo, á la hora en que suele venir Irene es cuando hay que contemplar el interesante paratítico. Fijos en la puerta por donde aquella debe penetrar, sus ojos se animan; sus oídos han percibido desde bien lejos el rumor de sus pasos: sabe y siente que es ella. Estas visitas cotidianas, íntima, llena de afectuosas palabras y de simples regalillos de amistad, es la que sostiene su vida. La *strömdina* suele llevarle, ya un racimo de exquisitas uvas al bibe haciéndole lucir ante el sol sus vitasparejas de ámbar, ya las fresas tempranas que perfuman la habitación, ya un frasco de vino de Jerez, ya un calibr refrigerante pueda reanimar las fuerzas del pobre abuelito. Mas sobre todo ella se lleva á sí misma, que es lo que contempla aquí con mayor embeleso. Por lo que hace á Irene, no es tan poco tan asidua atencion un frio cumplimiento, un deber impuesto, no; ella redobla el placer que produce tomándolo en él no pequeña parte.

Yo le repito todos los dias á Dupré cuando se inquieta y anuncia con los ojos arrasados de lágrimas que su pobre amigo declina visiblemente: «No tengas cuidado, pues mientras él tenga para reanimarse el reflejo de la ardiente caridad que él encendió, cuando niño, en el alma de Irene, el abuelito no es posible que muera, yo respondo que pasará de los cien años.»

DOS CAMPANAS.

(ELEGÍA.)

Dos campanas alteran el silencio
y la apacible calma
que á ferviente oración dispone el alma.
Por qué no sonarán de igual manera,
que una réplica alegre y bullíciosa,
y otra resaca triste y planifera?
Escuchemos su son, que el nos lo dice:
una réplica por el matrimonio
de Irene con Antonio,
y es alegre el sonido...
doble la obra de distinta suerte,
con lagubre llanto
anuncia en los contornos una muerte:
la de una joven hermosa, y pobre y viva,
que por desden de Antonio, triste espira!!!!

E. DE CORTAZAR.

Setiembre, 186

Setiembre, 186

LA TUMBA.

CUENTO ALEMÁN.

Un rico labrador hallábase cierto dia delante de su casa contemplando con gran fruicion sus tierras y sus floridos cercados; las eras estaban cubiertas de mieses y los árboles cargados de frutas; aquello era una bendicion de Dios. Sus cuadras y establos veíanse llenos de robustos bueyes, rollizas vacas y mulas, y caballos relucientes, ágiles y vigorosos. Después de tan satisfactorio examen, el afortunado poseedor de estos dones de la Providencia entra en su morada y dirige la vista hácia el voluminoso arcon donde encerraba su dinero. Y encontrándose absorto en la contemplacion de tanta riqueza, creyó oír dentro de sí una secreta voz que le decía:

«Con todo ese oro, ¿has hecho tú felices, por ventura, á los seres humanos que te rodean? ¿Has pensado alguna vez en la miseria de los pobres? ¿Has partido tu pan con aquellos que morian de hambre? ¿Te encuentras satisfecho con lo que posees sin envidiar nunca algo más?»

Su corazon no vacila en responder: «Yo he sido siempre duro é inexorable; yo no he hecho nada jamás por mis parientes ni por mis amigos, y no he pensado una vez sola en Dios sino para pedirle el acrecentamiento de mis riquezas. Aun cuando hubiera poseido el mundo entero, yo hubiera codiciado más todavía.»

Este pensamiento le espanta, y sus rodillas comenzaron á temblar, de manera que le fué preciso sentarse. En este momento llamaron á su puerta. Era uno de sus vecinos, pobre jornalero, cargado de hijos á quienes no podia mantener.

«Yo bien sé, pensaba el infeliz, que mi vecino es más insensible que rico, con serlo tanto: sin duda que me rechazará; pero mis pequeñuelos me piden pan, y es menester arrostrarlo todo.»

En seguida dijo al opulento labrador;

— Bien sé que no sois aficionado á dar; pero me dirijo á vos en el mayor grado de desesperación, como aquel que, próximo á ahogarse, se agarra á todo lo que encuentra á su alcance: mis hijos tienen hambre: prestadme por caridad dos fanegas de trigo.

Un rayo de piedad penetra por primera vez en el empennido corazón de este avaro.

— No te prestaré dos fanegas, respondió, te daré cuatro, pero con una condición.

— ¿Cuál? preguntó el pobre.

— Que las tres primeras noches después de mi muerte las pases en vela sobre mi sepultura.

No agradó mucho, en verdad, la condición al pobre hombre; mas en la necesidad en que se hallaba, hubiera consentido en cosas más árduas. Prometió, pues, sin vacilar lo que se le había propuesto, y se llevó el trigo á su casa.

No parece sino que el rico avariento había previsto su cercano fin, pues tres días después de este suceso murió repentinamente, sin que persona alguna le llorase. Luego que fué enterrado acordóse el pobre jornalero de su promesa; hubiérase de buena gana dispensado de ello, mas no pudo menos de decirse hablando consigo mismo:

— El difunto fué en vida generoso conmigo: mi prole ha comido de su pan, y por otra parte yo empecé mi palabra, y debo de cumplirla.

Á la caída, pues, de la tarde se trasladó al cementerio, y se colocó sobre la tumba de su vecino. Todo yacía en silencio: alumbraba la luna los sepulcros: de cuando en cuando el buho agorero se cernía en derredor lanzando ecos pavorosos. Así trascurrió la velada; mas cuando apareció el sol sobre el horizonte, volvióse el campesino á su vivienda sin que nada le hubiera sucedido, aconteciendo lo propio en la noche siguiente.

No obstante, al aproximarse la tercera nuestro hombre sentía dentro de sí cierto desasosiego á modo de presentimiento, como si en ella hubiera de ocurrir algo de extraordinario.

Bajo esta impresion, no muy tranquilizadora en verdad, acudió á llenar su último deber al cementerio, y así que hubo penetrado en él, percibió á lo largo del muro un hombre como de unos cuarenta años, con el rostro lleno de profundas cicatrices y los ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa raída, bajo la cual veíanse asomar solamente dos enormes botas de montar.

— ¿Qué buscáis aquí? le gritó el paisano: ¿no tenéis miedo en este recinto de la muerte?

— Yo nada busco, respondió el interpelado; ¿y de qué podría tener miedo, siendo un pobre soldado transido de frío? Vengo á pasar aquí la noche á falta de otro albergue ménos triste.

— Corriente, repuso el labriego; puesto que no os estorba el miedo, me ayudareis esta noche á velar esta sepultura: acercaos, pues.

— Que me place, replicó el veterano; mi oficio es hacer centinela: estaremos juntos, y participaremos así tanto del bien como del mal que pueda sobrevenirnos.

Y después de este breve diálogo, sentáronse ambos sobre la sepultura.

Todo estuvo tranquilo hasta media noche; mas en este momento dejóse oír de improviso en el aire un silbido estridente, y los dos guardianes, ántes de que pudieran darse cuenta de su sorpresa, se encontraron frente á frente del diablo en persona.

— ¡Fuera de aquí, canallas! les gritó; este muerto me corresponde; vengo á tomarle, y si no despejais aprisa, por todos los infiernos juntos, os retuerzo el pescuezo en ménos que canta un gallo.

— Señor de la pluma encarnada, le respondió el soldado; puesto que no sois mi capitán, ni tengo órdenes que recibir de vos, ni me importan un comino todas vuestras amenazas; por lo tanto, lo mejor que podeis hacer es seguir vuestro camino y dejarnos aquí en paz.

El diablo entonces imaginó que con algun dinero podría desembarazarse sin ruido de los dos importunos, y adoptando un tono más pacífico les indicó familiarmente si mediante un bolsillo bien repleto consentirían en alejarse.

— ¡Soberbio! replicó el soldado; eso es lo que se llama hablar en razon; pero un bolsillo de oro no es suficiente para que dos hombres como nosotros os cedamos el puesto; para ello seria preciso que llenárais del precioso metal una de mis botas.

— No llevo encima para tanto, repuso el diablo; pero esto es lo de menos, yo lo buscaré. En el pueblo inmediato habita cierto usurero amigo mio, que no tendrá inconveniente en adelantarme la cantidad necesaria.

En cuanto el diablo se ausentó, el soldado tiró de su bota izquierda, diciendo:

— Vamos á jugarle una pasada, como de blanquillos veteranos; ea, compañero; dadme, si tenéis por ahí, una navaja.

Así que fué servido cortó toda en redondo la suela de la bota y colocó la caña de pié derecho sobre unas yerbas crecidas, junto á una fosa recién abierta y desocupada todavía.

— Todo está corriente, dijo á continuacion; ya puede venir cuando quiera ese tiznado deshollinador, que traciende á azufre que apesta.

No tuvieron que aguardar mucho tiempo: el diablo se presenta poco después con un saquillo de oro entre sus garras.

— Echad aquí, le dijo el soldado sosteniendo la caña de la bota; pero me parece que eso no ha de ser bastante para colmarla.

El enemigo malo desocupa el talego; pero el oro va á parar á la fosa, y la bota aparece vacía.

—¿Lo ves, torpe? grita el soldado; bien te lo decía yo. Con eso no hay para empezar: anda, busca mas y tráelo luego.

El diablo partió bajando la cabeza, y ántes de una hora estaba ya de vuelta con un talego mucho mayor debajo del brazo.

—Eso ya es otra cosa, dijo el soldado; pero aún dudo que traigas lo bastante para llenar la bota, y hay que cumplir con lo ofrecido.

El oro cayó resonando dentro de la caña, pero la bota continuaba vacía. El diablo quiere asegurarse por sí mismo, y contempla el hueco con ojos estupefactos.

—¿Qué clase de pantorrillas son las que tú gastas? gruñó sordamente, haciendo un mohín repugnante.

—¿Quieres, responde el soldado, que tenga yo una pezuña de macho cabrío como la tuya? Anda, ve a buscar otro saco, pues de lo contrario no habrá nada de lo pactado entre nosotros.

El demonio, pues, se vió en la necesidad de alejarse por segunda vez. Su ausencia fué más larga que la anterior, y cuando se presentó de nuevo caminaba abrumado bajo el enorme peso de un costal que soportaba sobre sus espaldas. Fuése derecho hacia la bota, y aún cuando descargó dentro todo aquel enorme contenido, la bota resultó vacía como ántes. Arrebatado entonces de cólera, quiso arrancarla con violencia de manos del soldado; pero de improviso el primer rayo del sol naciente vino á iluminar el horizonte. En el instante mismo el diablo lanzó un grito terrible y desapareció.

El alma del labrador difunto estaba salvada.

El labriego, atónito, propuso la repartición del dinero, pero el soldado le contestó:

—Dá mi parte á los pobres: yo viviré en tu casa, y con el resto podremos ambos pasar medianamente la vida con el favor de Dios.

(De los hermanos Grimm.)

CRÓNICA DE TEATROS.

ESPAÑOL.—*Dos Napoleones*, juguete cómico en tres actos, original del Sr. Serra.—*El músico de la murga*, comedia en tres actos, original del Sr. Escribá. ZARZUELA.—*Zilda*, ópera cómica, arreglo en dos actos de los Sres. Pacheco y Mondéjar, música de Plotow.—*La vida en un tris*, zarzuela cómica en un acto de los Sres. Pina (hijo) y Miró.—CIRCO DE MADRID.—Obras italianas, Mayeroni y su compañía.—LOPE DE RUEDA.—*F... todo por un simón!* pieza en un acto, original del Sr. Perillan.

Si el cronista ha de ser exacto y minucioso en la narración, muchas las obras en cuyo exámen deba ocuparse, y limitado el espacio de que pueda disponer, difícil será poder armonizar tales circunstancias, sin detrimento al ménos de alguna de ellas.

Tratemos, pues, de amalgamarlas de la mejor manera posible.

Un primer acto sin casi más defectos que una frase de mal gusto, y otros dos asainetados, constituyen la última producción del desgraciado, popular y excelente escritor D. Narciso Serra. ¡Qué lástima que los dos últimos actos de su propiamente llamado juguete *Dos Napoleones*, no correspondan á las esperanzas que hace concebir el primero! Parecen enteramente de dos comedias distintas. ¡Tal distancia existe de uno á otros!

Diálogo vivo, animado, picante, lleno de gracia, como cuanto escribe Serra; versificación fácil y abundante en giros *sui generis*, exceso de color en bastantes chistes, situaciones deliciosas unas, de gran inverosimilitud otras, forman un conjunto que prueban que aún conserva Serra, á pesar de su abatimiento físico, fecundo y pasmoso estro poético; pero tal vez cansancio intelectual para escribir nuevas ediciones de *El todo por el todo*, Don Tomás, *Sin prueba plena*, *Un hombre importante*, y otras verdaderas comedias.

Ninguno de los actores tiene en *Dos Napoleones* gran ocasión de lucirse, á excepción de Elisa Boldun, que caracteriza á una joven habanera con exactitud y gracia sumas. Catalina y Mariano Fernandez, bien en sus respectivos papeles.

A *Dos Napoleones* ha seguido *El músico de la murga*. Y esta es la antítesis de aquella obra.

Asunto novelesco á la par que moral, situaciones dramáticas que despiertan vivo interés en el espectador, efectos escénicos bien preparados, tipos simpáticos y personajes repugnantes hacen de *El músico de la murga* una comedia que, si no se hallase sembrada de detalles inútiles, y si no tuviera una extensión propia de una obra en cinco actos, resaltarían los tres de que se compone muy agradables y no cansarían al espectador esperando un desenlace tan ambicionado por saber en qué terminan la serie de ardidés impropios y difícilmente practicables de que el marqués se vale para conocer exactamente los grados de probidad del D. Isidoro y de su hija.

La ejecución, bastante acabada, encuentra en Valero un intérprete especialísimo para personificar á D. Isidoro, *el músico de la murga*, que es un papel de verdadera importancia dramática.

Una preciosa ópera cómica del autor de *Martha*, titulada *Zilda*, se ha ejecutado en el teatro de la Zarzuela. Pasamos en silencio el libro de *Zilda*, porque ni es nuevo, ni entretiene, ni tiene gracia, ni despierta interés.

Pero en cambio la música, rica en melodías bellas y sentidas, adornada de acompañamientos, lindísimos presta un aliciente tal á la obra, que hace olvidar lo frío del libretto, la monotonía de su asunto.

La Pilar Bernal luce en *Zilda* su preciosa voz, que ha de cuidar si no quiere que, joven aún, no pueda hacer uso de ella. La Velasco no desmerece de su compañera en el papel de Fátima; Loitia nos recuerda á cada momento que con más estudio sería un cantante de primer orden, que hasta podría figurar, con su voz robusta y llena, en más elevada esfera lírica, y Salas no descuida mostrarnos que quien fué buen cantante contribuye siempre á dar armonía á un buen conjunto.

El vestuario de *Zilda* es rico y variado, y las decoraciones estrenadas honran á los experimentados pinceles de Ferri y Bussato. La primera es más artística tal vez; pero la segunda tiene mayor novedad.

La vida en un tris, es una de esas infinitas piezas que figuran en el cartel unos días para no volver acaso á aparecer en él; porque ni abunda en nada bueno ni tiene nada muy malo, á no ser alguna frase de un gusto literario pésimo. Por lo demás, es fría, insípida y deslabazada. La música, superior al libro, no es tampoco una belleza musical.

Ni las condiciones de esta publicación, ni la variedad de obras italianas que en el teatro y circo de Madrid se han representado últimamente, permiten dedicar á su exámen y al de su ejecución el espacio que materialmente nos falta.

En la imposibilidad de un juicio crítico detenido y circunstanciado, consignaré únicamente que la *troupe* que dirige el señor